

UN CINCUENTENARIO EL INDIVIDUALISMO DE IBSEN

Parece ser que en la exaltación y depresión de las obras literarias, sobre todo de los últimos tiempos, influyen circunstancias ajenas a la literatura. Cincuenta años se cumplieron en mayo del fallecimiento del autor escandinavo nacido en 1828, y el mundo en dicho intervalo de tiempo no ha dejado de dar vueltas ni de sufrir hondas conmociones.

Trabé conocimiento con los dramas de Enrique Ibsen mediante los tomos en catalán de la Biblioteca popular de «L'Avenç» en la que, a imitación del sistema ortográfico del italiano, se habían suprimido las haches etimológicas por los mismos que más tarde fueron acérrimos partidarios de lo etimológico. Pero esto no pasa de ser una digresión. «Espectres», «Joan Gabriel Borkman» y «Casa de nines» en sus traducciones de Casas-Carbó, Fabra y C. Montoliu no podían menos de producir, principalmente en imaginaciones tempranas, nuevas inquietudes, removiendo aletargadas energías espirituales. Más tarde pude conocer «Brand», «Peer Gynt», «El enemigo del pueblo» y otros dramas que aun leídos, causaban gran efecto por sus aceradas ideas, su lirismo y exaltación. Y años después ví representar «Espectros» por Tallaví; en «Casa de muñecas» Catalina Bárcena, hoy retirada de la escena, hizo una graciosa revolucionaria en el papel de Nora; una efímera compañía «Atenea», creo que regida por Ricardo Baeza, osó representar «Juan Gabriel Borkman» en el teatro de la Princesa de Madrid, ahora llamado de María Guerrero.

Ibsen escribió unas treinta obras teatrales, siendo las de sus primeros tiempos de argumento histórico o caballeresco, pero la mayor parte y las más notables son de asunto social, aunque no de tesis, sino sátira y flagelo punzantes contra la sociedad de su tiempo. No me toca a mí juzgar la moral ibseniana, pero es indudable que en el simple planteamiento de los

conflictos, en la defensa de la verdad frente a formulismos, en su lucha del individuo contra ficciones colectivas, Ibsen supo hacer vibrar las cuerdas sensibles, a pesar de la oposición encontrada al principio en el público y en la crítica.

El teatro de Ibsen, como la filosofía de Emerson producen mayor efecto en tiempos juveniles en que suele latir con más fuerza todo impulso generoso. En dicho teatro la rebeldía se manifiesta sin grandes preocupaciones por la solución de los problemas y pocas veces señala el autor un verdadero remedio, sino sólo reacciones decisivas, actitudes que nada resuelven. Al fin y al cabo el dramaturgo fué un producto de su tiempo, como tantos otros, y en pleno romanticismo exaltaba el individuo y la personalidad y por lo tanto la voluntad y el carácter. Más que sociólogo, el que había sido «mancebo de botica» era poeta nórdico. Algunos de sus dramas entre ellos «Brand» y «Peer Gynt» están en verso. Y esta compenetración de la poesía y la escena era en tiempos pasados, más que corriente, indispensable. Sin duda fué el influjo del naturalismo francés el que hizo romper una tradición seguida en la generalidad de los casos. Y uno se pregunta si una de las causas de la crisis teatral no se deberá a la disociación de la dramática y la creación poética.

Como es oficio de poetas, Ibsen trasfiguraba y sublimaba aquellas ideas, aun las de orden biológico que flotaban entonces. Así las fundamentales de la teoría de la Selección natural: individualidad, predominio del fuerte, importancia del ambiente y de la herencia que en «Espectros» es llevada por vez primera a las tablas. En dicha obra la herencia alcohólica viene a ser la forma nueva y tangible de la fatalidad de las antiguas tragedias. Es en extremo penosa la vida del protagonista. Osvaldo, criado bajo el peso de una herencia patológica, entre nieblas

y hielos y que en el momento final y culminante, pide a grandes gritos el sol.

No menos trágica es la figura de Juan Gabriel Borkman que ha perdido el crédito de todos, incluso el de su esposa, pero que nunca siente apagarse la llama interior que le sostiene. El último vestigio de esperanza en los demás, su hijo, huye con una aventura a vivir su vida. Tragedia de la soledad.

«Brand» es el hombre religioso que en su ministerio rehusa toda sensibilidad, transacción y consuelo, sacrificando en su inflexibilidad hasta su afectación filial. Su abnegación llevada hasta el vértigo, en medio de la naturaleza abrupta de nieves, «fields» y «fiords» de su país, se refleja en escenas intensas y prolongadas que son demasiado dolorosas para que puedan producir una sensación estética que como explica Lessing en su célebre «Laoconte» requiere cierta serenidad. Así «Brand» es obra propia del Norte a pesar de haberse escrito en Italia.

«Casa de muñecas» plantea crudamente un problema de incompatibilidad conyugal debida a una falsificación realizada por el marido en apariencia respetable. Ibsen zanja el conflicto, fiel a su numen, con la exaltación individual o sea con la huida de Nora, la esposa, que sacrifica el honor social y aun la compañía de sus hijos. Esta obra sirvió de bandera al feminismo, el cual interesaba a Ibsen como cuestión humana.

«El enemigo del pueblo» estriba en la lucha de un esforzado médico con los intereses y particulares conveniencias. En dicha obra se expresa paladinamente que la verdad no está con la mayoría ni con la voz del número. Con motivo de la inauguración de un balneario cuyas aguas son nocivas para la salud pública, tiene que luchar el protagonista contra todos, que le declaran enemigo del pueblo, con la sola excepción del voto de un borracho.

«Peer Gynt» es tal vez la obra simbólica de Ibsen más difícil de entender por una mente latina. Quiere significar el alma colectiva, soñadora de Noruega. El protagonista, hombre

fantástico que llega a creer las fábulas que inventa, charlatán impenitente, no halla otro consuelo que su amada Solveig que espera que regrese de las aventuras imposibles que ha querido vivir. Es la obra representación literaria de un país, como, en cierta manera, el Cid o D. Quijote lo son de España y mejor Tartarín de Tarascón, del Mediodía francés. Como es sabido, el drama de Ibsen fué bellamente musicado por su compatriota Grieg.

Otros dramas ibsenianos notables pueden citarse como «El pato salvaje». «El pequeño Eyolf», «La fiesta de Solhaug», «La dama del mar» y «Hedda Gabler», habiendo sido los argumentos de algunos de ellos popularizados por el Cine.

Ibsen fué uno de los cultivadores de la tragedia romántica, sin intervención de dioses paganos y en la cual el conflicto radica casi siempre en la mencionada lucha del individuo con la sociedad. Sabe dar Ibsen un tono digno a sus escenas, vistiendo de americana a personajes de tragedia. Presenta analogías con el dramaturgo, también noruego, Björson y ha influido en muchos autores, entre ellos Bernard Shaw, del que se conmemora este año el centenario de su nacimiento. Shaw fué sociólogo y humorista a un tiempo y se valía de sus comedias y de sus piruetas para exponer con ingenio sus ideas.

El teatro de Ibsen, si bien discutible, tiene la virtud de ser poético y de intención educadora. Ahora que tanto se habla de poesía social — probablemente por cansancio del arte abstracto — los dramas de Ibsen cobran mayor actualidad.

Bartolomé Forteza.

Socio del Centro de Lectura

¿Ya estás inscrito
en la la sección de
Amigos del Teatro?